

DIOS Y EL SUFRIMIENTO DEL MUNDO

Jean-Marie Ploux - Thierry Niquot
Jacqueline de Tourdonnet



39

CRUCE
X



DIOS Y EL SUFRIMIENTO DEL MUNDO

Jean-Marie Ploux
Thierry Niquot
Jacqueline de Tourdonnet



Diseño de cubierta: Estudio SM

Título original: *Dieu et le malheur du monde*

Traducción de Christina Moreira Vázquez

© 2012, Les Éditions de l'Atelier / Éditions Ouvrières, París

© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2821-5

Depósito legal: M-1.663-2015-

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Mons. Albert Rouet	5
PRESENTACIÓN, por Thierry Niquot	15
INTRODUCCIÓN	17
1. ¿QUÉ DECIR DE LA DESGRACIA?	23
2. LA DESGRACIA ANTES DEL MAL	36
3. HUIR DE LA DESGRACIA POR TODOS LOS MEDIOS... ..	46
4. CULPABLES A CUALQUIER PRECIO, VÍCTIMAS QUE NO DEJAN DE SERLO... ..	53
5. LA GRANDEZA DEL HOMBRE: LEVANTARSE CONTRA EL SUFRIMIENTO	60
6. ¿SE PUEDE EXPLICAR LA DESGRACIA?	69
7. ¿RECURRIR A DIOS?	83
8. LA VÍA DE JESÚS	93
9. UN DIOS AL REVÉS	112
10. EL DIOS QUE SE IMPLICA	129
11. VIVIR COMO DISCÍPULOS DE JESÚS	143
APERTURA	161

PRÓLOGO

Un prólogo suele ser la portada de un libro. Pero, ¿cómo empezar un prólogo sobre la cuestión del sufrimiento? Se manifiesta bajo múltiples formas, desde los fenómenos geológicos hasta las injusticias sociales, pasando por la avalancha de desgracias que golpean a ciertas personas hasta el punto de hacerles perder el gusto por la vida. Ya podemos apuntar que, en el evangelio de Marcos, Jesús mismo siente «pavor y angustia» (14,33). Experimenta el dolor insondable de la desgracia que cae sobre un hombre, cuyos familiares y amigos resultan impotentes. Soledad oscura de quien no encuentra justificación alguna para lo que le ocurre: como a un tiro de piedra están los tres discípulos, rendidos.

Si no se presenta ninguna justificación es debido a que parece que no interviene ninguna lógica. Si no hay razón, triunfa lo aleatorio. Si falla la lógica, ¿qué *Logos* puede nacer? El *Logos*: la claridad que pone orden en todas las cosas y acontecimientos. Su movimiento los clasifica, los ordena y teje un vínculo que permite entenderlos, quitar las trabas, despejar un espacio donde poder ponerse en pie y, por tanto, poder explicarse. Si no, solo quedan el silencio o el grito. La palabra se nos atraganta. Si no accedemos a la palabra, ¿cómo podremos dar cuenta de las crueldades que todavía habitan lo humano?

La palabra siempre anda cerca, y de muchas maneras. Si es verbal, grita, se mofa, ataca o racionaliza:

todo ello son esfuerzos por protestar como se pueda y expresar que, incluso en esas condiciones, un hombre es un hombre. Humillado, rebelde o resignado, sus palabras expulsan de él un sufrimiento que le es ajeno y alude a un posible remitente. Si es palabra del cuerpo, «torcido, crispado», convertido en ese objeto, de quien Marcos también escribe que, habiendo caído en manos de los hombres, «han hecho con él lo que han querido» (9,13). Como palabra escrita –historias, novelas, poemas, resúmenes exhaustivos, etc.–, y bajo otras muchas formas de «palabra» –obras pictóricas o musicales–, en todas ellas procura exorcizar el sufrimiento; por lo menos tanto como la escritura, cuando no conseguimos liberarnos de forma oral... De ahí la famosa frase de Malraux: «El arte es un antidestino». Todas estas expresiones, ¿acaso no son más que un intento único que todavía aboga por su propia existencia y que, para lograrlo, proyecta lejos de sí lo injusto, lo inaceptable y lo incomprensible?

¡Y estas mismas revulsiones difieren mucho entre sí! Por ir directamente a los extremos, algunas personas perdieron la razón; otras encontraron un auténtico camino de paz, como si el golpe recibido rasgara también el velo de su finitud. En el anonimato del sufrimiento logra manifestarse la unicidad de la persona. Este es el motivo por el que las tiranías se esmeran por disolver esa unicidad que la libertad resguarda. El Verbo «debía» morir humillado como un esclavo, sin derecho a la palabra, porque le arrebataron su personalidad, y tetanizado hasta no ser capaz de pronunciar más que un grito.

Pienso que, para callarse, aún es preciso ser dueño de sí. Cuando el dolor coloniza la vida, ya no hay modo de callarse. Tal vez las palabras ya no logren salir, el cuerpo se hace oír.

En un informe presentado en la Conferencia Episcopal de Francia, el obispo de Angulema, Mons. Dagens, evocaba temas de los que no hablaba en su texto, pero que consideraba necesario examinar. Entre ellos, el mal¹. ¿Podemos dejar de hablar de ellos, aunque solamente hacerlo torpemente? Callarse no solo le dejaría la cancha libre al sufrimiento, sino que también, como escriben los tres autores de este libro; equivaldría, por añadidura, a renunciar a la inteligencia humana, a esa capacidad de escrutar el interior de las cosas. ¿Y qué hay en el interior?

Para ahondar en el corazón de esta realidad se necesita valor. A los tres autores de este libro no les falta, y su diálogo se hunde lentamente en el objeto propio de su investigación: ¿dónde está Dios en el sufrimiento? Y digo bien «en», en el corazón, en medio, en el seno de este sufrimiento. Resultaría tan fácil colocarse «enfrente», delante, por encima, en una palabra, al lado del sufrimiento con tal de no mancharnos las manos. Porque el sufrimiento es sucio y feo.

Existen dos maneras de hacer tranquilamente teología. La primera disecciona por vía de deducción, cada vez más ramificada, los textos antiguos para extraer

¹ Cl. DAGENS, *Entre épreuves et renouveaux, la passion de l'Évangile. Indifférence religieuse, visibilité de l'Église et évangélisation*. París, Bayard – Cerf – Fleurus-Mame, 2010, p. 69.

consecuencias únicamente lógicas, pero que, en muchos casos, habrían dejado perplejos a sus autores: ¡qué difícilmente habrían podido imaginar tan tardías conclusiones! La segunda se especializa a ultranza por ejemplo en el sentido de la comunión en Isidoro de Sevilla (ca. 560-636). Todo ello no es inútil y el conocimiento progresa. Pero, ¿ayudan estos estudios a vivir? ¿Dan un poco de esperanza?

Trabajar para ir al corazón del sufrimiento –o al menos acercarse– representa una aventura más que arriesgada. En efecto, el sufrimiento mina las seguridades, derriba las certezas: uno ya no es «el mismo hombre». La experiencia del sufrimiento hace tambalearse al ser más protegido, porque no obra contra él, sino en él. Es más devastadora que la tempestad.

Realmente, ¿qué buscamos, una respuesta o una pregunta?

El límite de las respuestas reside en que siempre son más pequeñas que el que las construye y las modifica. Él es quien las controla. Para que no suene como un eco, una respuesta llega de otra parte, de una alteridad. Conlleva reconocer que emana de una pregunta lanzada por una libertad siempre capaz de reaccionar por encima de las certezas y las murallas. Como expresa Karl Rahner, «esta sitúa el enigma de la condición humana en un abismo aún más incomprensible»².

¿Acaso vivir preguntando no puede llevarnos a empantanarnos en la repetición y el abatimiento? Sísifo

² K. RAHNER, *Existencia sacerdotal*, en *Escritos de Teología* III. Madrid, Taurus, 1961, p. 288.

hace rodar su roca incesantemente hacia una cumbre inaccesible: la piedra siempre cae inexorablemente hasta su punto de partida. Albert Camus ve ahí la condición absurda del hombre, condenado a arrastrar problemas sin solución y una existencia siempre abocada al fracaso. El ejemplo es instructivo y merece reflexión. Sísifo cometió actos horribles. En pago de sus crímenes es encadenado a una culpabilidad que nunca conseguirá vencer y de la que ninguna rebelión podrá liberarlo, porque no le procuraría el perdón que apacigua. El mito griego concuerda con los relatos mitológicos mesopotámicos, donde el hombre es modelado con polvo y sangre de un dios condenado por rebeldía. Culpable y esclavo, tal es su condición.

Y, sobre todo, estos mitos conservan la huella de una culpa. De un modo u otro, el ser humano es partícipe de un mal imputable a su responsabilidad (Sísifo) o mediante el que se identifica con una esclavitud que lo atenaza (Mesopotamia). Pero puede nombrar su culpa, puede identificarla, es decir, colocarla como un objeto (una roca) delante de él. Puede asignarle un origen discernible (el dios rebelde). Sabe cuál fue el hecho punible y quién su autor. De modo que se distingue de él. Así obtiene una respuesta, una explicación cuya pertinencia y valor puede juzgar. El mal acarrea castigos morales; provoca dramas existenciales (Caín mata a Abel), pero, asimismo, indulta al hombre, al menos en parte, implicando a un animal agazapado en el follaje, que «acecha a tu puerta» (Gn 4,7). En este sentido, el mal siempre acontece en un segundo momento. Es lo que ocurre después. Y este libro es cabal tratándolo como un epifenó-

meno del sufrimiento, de la desgracia, y no a la inversa, como se suele hacer.

La experiencia de la desgracia es primera. Lo que toca, lo que nos cae encima, no es provocado por falta humana alguna ni por un acto. En este sentido, la desgracia no es un accidente ocasionado por una imprudencia, una distracción, la embriaguez. Es lo que el hombre padece. Todavía pervive, procedente de las mentalidades del pasado, la pregunta de «¿qué he hecho yo para merecer esto?», lanzada hacia «otra parte». La sociedad secular se protege con precauciones y seguros. Resultado: en lugar de denunciar la injusticia, las víctimas apelan a la justicia para fijar las compensaciones, para esclarecer quién ha de pagar, si el Estado-providencia o las compañías de seguros. Es una respuesta sumamente parcial que «atiende a los daños y perjuicios», pero deja al margen la dimensión existencial. Después del olvido de Dios viene la ocultación del ser humano. Y este no puede satisfacerse con una solución tan material. Fijar el *pretium doloris* (la compensación del dolor, estimada por un tribunal) nada dice de la condición humana. No es más que una «respuesta», un consuelo.

¿Qué subyace debajo de la necesidad de respuesta? Imaginemos lo siguiente: Jesús crucificado exclama: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Se abre entonces el cielo, aparece una mano y esta desenclava de la cruz a Jesús, que se marcha por su propio pie. De pronto todo se vuelve soportable, ya que nada llega hasta el final: ni la maldad de la gente, ni la libre aceptación de Cristo, ni el don del Hijo por

el Padre. Detrás de este sueño, una manipulación está trabajando para evacuar lo insoportable. El sufrimiento no sigue hasta su fin. Un dios le pone coto. Entonces la historia se detendría, ya que lo intolerable sería evitado, el espacio sin fronteras de la libertad se encontraría con la postrera prohibición de rebasar el marco definido. La respuesta sofoca la pregunta. Y también olvida que el ser humano pertenece a los mamíferos superiores, con sus mismas enfermedades, y a esta tierra cuyos sobresaltos comparte.

Ahora bien, esta sofocación no es posible por dos motivos. Primero porque el sufrimiento no cesa. Se reproduce constantemente. Desenclavar a Jesús de la cruz crearía una excepción, desde luego notable, para Jesús, pero no impediría ninguna barbarie ni que nacieran personas discapacitadas. Así, Dios quedaría atado a los que protege e inactivo para con los demás. La contradicción del favoritismo lo dividiría a él mismo, a menos que veamos en las desgracias la acción de una justicia todavía más incomprensible que ellas. Acabaríamos cuestionando más a Dios y sus «insondables designios», sospechando una inquietante parcialidad, y no a simple vista humana, sino porque una revelación incomprensible, por ilógica, no nos importaría lo más mínimo. Sobre ese punto, el viejo Job no va desencaminado.

Segundo motivo: desenclavar de la cruz, haciendo una excepción, le impediría a Cristo ir hasta el final de su decisión. Su libertad quedaría impedida. El sufrimiento impone, sin embargo, brutales límites a las manifestaciones de la libertad humana: el mudo no habla, el paralítico se mueve con dificultad, el oprimido actúa

en un ámbito exiguo... si no fuera porque el margen de acción que deja el sufrimiento, el delgado espacio personal o social que subsiste, obliga a interiorizar la libertad. Aun suponiendo que una «respuesta» sea posible, todavía quedaría por saber qué hacer con ella: protección tranquila, certeza ciega, condena de los demás...

Un Cristo liberado del mal de la cruz se habría zafado del mal que le infligían sus jueces y verdugos. En este sentido, la cruz pone de manifiesto los innumerables males que los hombres llegan a inventar contra sus hermanos. Pero a este Cristo ¿no se le habría eximido de la desdicha de ser un miembro mortal de una humanidad perecedera! Colocándose voluntariamente en ese lugar extremo donde agonizan las esperanzas, asume el sufrimiento tal como es y, cargando con él, lo atraviesa con el don de su propia vida. Su muerte es lo que entrega. La entrega como matriz de la generosidad, como piedra removida para que brote el manantial. A ojos humanos, su fracaso es el lugar donde se opera un giro; en él, Dios aparece en su absoluta pobreza.

Colocándose en el centro de un sufrimiento padecido, Jesús traspone la pregunta y la transforma. En lugar de ser una solución externa a la libertad (el *porqué* del sufrimiento) se convierte, desde dentro de la libertad, en una llamada a dar sentido, la orientación de un camino, la esperanza de una apertura (la finalidad, el *para qué*). El sufrimiento puede ser recuperado, trabajado por la libertad. Ya desde el mismo interior de la libertad, Dios lo interroga sobre lo que quiere hacer de lo que puede hacer. Dios llama a ser responsable en algo

de lo que no somos responsables. Es así como Cristo se posiciona en el sufrimiento: «Nadie tiene poder para quitármela [mi vida]; soy yo quien la doy» (Jn 10,18). Y esta constituye la pregunta de las preguntas. Karl Rahner escribe en *Existencia sacerdotal*: «La fe clava al hombre en la cruz... hace de la cuestión infinita que es el hombre la respuesta misma de Dios»³.

Dios responde preguntando más hondamente. Pero, ¿quién es ese Dios? A esta pregunta («¿quién es?») nadie sabría responder, y este libro lo explica. Pero ante la pregunta de «cómo está» en el sufrimiento no podemos menos que recordar lo que dijo e hizo. Él afirma que «[Dios] no se complace en el exterminio de los vivos» (Sab 1,13), y su Hijo añade: «El Padre me ama, porque yo doy mi vida» (Jn 10,17), y entra voluntariamente en la muerte. Haciéndolo, Dios se hace solidario con todos los que son aplastados por algún sufrimiento. En el corazón de esos dramas establece su presencia, para que los esclavos encuentren la fuerza de levantarse y los enfermos no renuncien a avanzar. Esta fuerza resucitadora que coloca en el ser humano es su Alianza.

Esta actitud requiere que Dios conozca, garantice y respete la alteridad del otro que no es él. Solo puede hacerlo si él mismo conoce la diferencia, si no el otro solo sería el valedor de un gran solitario. Porque vive en sí mismo la unión y la diferencia, Dios da y recibe en su vida más íntima. Siente el mayor respeto por cada persona, no desentendiéndose, sino dejando al otro su

³ *Ibid.*, p. 276.

espacio de existencia y libertad. Por ello deja que los hombres administren su propia vida: esa es su esperanza.

De modo que este libro da en el clavo. Provoca la reflexión: no piensa por el lector, no esquiva los interrogantes. Se atreve a sobrepasar las representaciones estereotipadas, porque no establece ninguna estrategia de defensa. Sobre un tema delicado, sus autores exponen cómo avanzan en su propia vida. No solo invitan a leer, sino también a vivir.

Mons. ALBERT ROUET
arzobispo emérito de Poitiers

PRESENTACIÓN

Como sacerdote de la diócesis de Périgueux y Sarlat, y responsable de la formación permanente hasta el mes de septiembre de 2011, tuve ocasión de contactar con el padre Jean-Marie Ploux para varias intervenciones. Una de sus conferencias versaba sobre «la condición de la fe en una sociedad secularizada». Refiriéndose al reciente informe presentado por Mons. Dagens en la asamblea de la Conferencia Episcopal Francesa en noviembre de 2009, Jean-Marie Ploux destacaba:

No hemos de ocultar que muchas cuestiones son antiguas y sin duda inherentes a la propia fe. No hay ningún motivo para que las palabras de Pablo: escándalo y locura, hayan perdido su actualidad. Pero ciertas cuestiones tienen que ver con teologías situadas en el tiempo y que se convirtieron en otros tantos obstáculos en el camino de la fe de hoy en día. Por ejemplo, la del sufrimiento es de siempre, pero en una sociedad religiosa era interna a la fe en Dios, ahora, en cambio, es previa a la fe en Dios.

Escuchándolo pensé que merecería la pena trabajar en este tema y dejarnos interrogar en nuestra fe cristiana por la realidad del sufrimiento. Lo comenté con él y no tardamos en ponernos de acuerdo sobre la realización de este proyecto. Juntos acordamos no lanzarnos a la redacción de una suma filosófica y teológica, sino de proponer un camino de reflexión tan accesible

como fuera posible. Y decidimos entablar un diálogo que no se redujese a una simple conversación de barra de bar. Andando el tiempo, Jean-Marie sugirió que una tercera persona podría participar en esta aventura y hacernos preguntas, de modo que el diálogo no fuera artificial. Fue en ese momento cuando se lo pedimos a Jacqueline de Tourdonnet, comprometida en la vida de la Iglesia local, y aceptó acometer esta reflexión.

Obligado es constatar que la cuestión del sufrimiento nos afecta a todos, sean las que sean nuestras convicciones y nuestras creencias. De ahí la importancia de que, como cristianos, podamos dejar de estar conformes con unas ideas que pudieron funcionar en una sociedad religiosa, pero que hoy se han de cuestionar para darles la oportunidad de que suenen a buena noticia en una sociedad secularizada. Ese es el desafío que hemos intentado afrontar.

THIERRY NIQUOT

INTRODUCCIÓN

Jacqueline de Tourdonnet (JDT): *El mal está por todas partes, se exhibe en las portadas de los periódicos, en todas nuestras pantallas y en nuestras vidas. ¿Cree usted necesario escribir un libro más sobre este tema?*

Jean-Marie Ploux (JMP): No escribimos un libro sobre el mal, sino sobre el sufrimiento y los interrogantes que plantea respecto a nuestras representaciones de Dios.

JDT: *Pero mal y sufrimiento, ¿no son acaso una misma cosa?*

JMP: No voy a responderle de manera abstracta. Mi primer encuentro auténtico con el sufrimiento lo viví cuando tenía veinticinco años y trabajaba en un quirófano como auxiliar. Un día, un chico de doce años y medio entró en la planta para ser operado. Emanaba inteligencia, alegría, confianza, y, cuando yo lo estaba colocando en la mesa de operaciones, me contó con mucho entusiasmo que era *scout*. Tenían que operarlo de un tumor cerebral con los medios y en las condiciones de hace cincuenta años, que no tienen nada que ver con los de hoy en día. Tres veces, en seis meses, volvió a ese quirófano; la última vez pesaba menos que una pluma, estaba apagado y desesperado. Murió poco después. Recé mucho para que viviera. No olvidé ni su nombre ni su rostro. Es a él a quien veo cuando releo, en *La peste*, de Albert Camus, el relato desgarrador de la muerte de un niño.

Pero lo más extraño es que pasó mucho tiempo antes de que pudiera hacerme cargo del sufrimiento que estaba a la puerta de mi propia casa. En efecto, como consecuencia de un accidente de nacimiento, mi hermana más pequeña, que acaba de morir, vivía con una dependencia casi absoluta de los demás. Mientras mis padres estuvieron junto a ella no caí en la cuenta de lo que esto significaba para ella y para ellos. El día en que tomé su relevo entendí desde dentro, o más bien fui embargado desde dentro por la inmensidad del sufrimiento. Lo más indignante y propiamente más insoportable es que, además de su dificultad mental, y tal vez como consecuencia de ella, padecía unos dolores faciales atroces que le destrozaban la escasa alegría de vivir que todavía le podía quedar. Por ella entré en contacto con la Fundación protestante John Bost, que acoge a personas como ella, y muchas veces en mucho peor estado que ella, ya que la dolencia física se suma a los daños psíquicos... Ahí está el desamparo insondable de estos hermanos y hermanas de humanidad; está también la desesperación de los padres y madres que tuvieron que separarse de ellos porque ya no podían atenderlos, porque la edad o la perspectiva de la muerte les obligaban a ponerse en manos de la solidaridad...

Thierry Niquot (TN): Como Jean-Marie, siempre me cuesta un poco hablar de mí, seguramente por pudor. De hecho, la cuestión del sufrimiento no es para mí un tema de reflexión teórico. Acompaña mi itinerario vital. Está inscrita en mi experiencia como una herida. El sufrimiento se impuso a mí cuando surgió la enfermedad en mi vida, cuando me golpeó de lleno, trastocando de

un día para otro un ritmo de vida más bien confortable. Como tantas otras personas me pregunté por qué...

Un porqué tanto más violento habida cuenta de que yo ya era cura y mantenía la idea, obviamente falsa, de que mi vida entregada para servir a Dios y a los demás me ponía a salvo de una desgracia como esa. El anuncio de la enfermedad me forzó a experimentar la dolorosa vivencia de la injusticia... ¡hasta tal punto de que tenía la impresión de no merecerla! Hoy, después de un tratamiento potente que me obligó a convivir con el cansancio y todos los efectos secundarios no predecibles (¡por más que se cuidaran de avisarme de que podían darse!), estoy mejor. Para emplear la expresión acertada, estoy en remisión... Una remisión que puede durar mucho tiempo, según los médicos, y que me brinda la posibilidad de vivir plenamente cada instante de la vida presente. ¡Pero la remisión todavía no me ha permitido encontrar una respuesta al porqué!

Junto con esta experiencia, cómo dejar de evocar la que vivieron una de mis hermanas y su esposo con motivo del nacimiento de su tercer hijo... Un niño que hoy es un hombre, con sus proyectos de vida, pero que, al entrar en este mundo, ¡estuvo casi un mes entre la vida y la muerte! Una vez más, ¿por qué? ¿Por qué una desgracia semejante puede caer sobre un ser que, en el feliz momento de su nacimiento, es acogido como una promesa de vida? Para esta pregunta no tengo respuesta satisfactoria. Lo que evoco de mi propia experiencia no tiene nada de extraordinario: es lo que viven muchos hombres y mujeres, sin distinción de edad, medio, religión, país...

JD: *Es cierto. Pero, esa banalidad del sufrimiento ¿no nos desalienta a la hora de emprender cualquier reflexión?*

JMP: Todos sabemos que la experiencia del sufrimiento no es comunicable, que apenas se puede compartir, pero pertenece a toda la humanidad en la soledad del grito, la rebeldía ante lo absurdo. Frente a quienes se atribuyen un poder de vida y muerte sobre los demás, un hombre puede querer ocupar el lugar de las víctimas designadas, como el padre Maximiliano Kolbe⁴, y el sacrificio de su vida depende de la arbitrariedad de sus verdugos. Pero, ante el sufrimiento, nadie puede sustituir a otra persona. Habría dado mi vida para que mi hermana discapacitada no padeciera los dolores intolerables que la destruían. ¿Cuántas madres y padres no darían la suya por un hijo en peligro de muerte? Pero nadie, ni hombre ni Dios, puede sustituir a las víctimas del sufrimiento, bajo la forma que sea: están solas. Podemos desear servirles, y hacerlo, podemos desear acompañarlas, y hacerlo; pero no podemos «ponernos en su lugar», y eso es lo que hace que la pregunta sea absolutamente trágica. Sin embargo, el ser humano necesita una palabra que acompañe, que pueda ayudar a atravesar caminos que se pierden y que ofrezca un sentido a lo que en sí no lo tiene.

TN: Esta búsqueda de sentido era una preocupación de los filósofos de la antigüedad, pero parece que, desde

⁴ Rajmund Kolbe nació el 7 de enero de 1894 en Zduńska Wola (Polonia). Tomó el nombre de Maximiliano al hacerse franciscano; fue ejecutado en el campo de Auschwitz el 14 de agosto de 1941, ofreciéndose para morir en lugar de un padre de familia (http://fr.wikipedia.org/wiki/Maximilien_Kolbe, sitio web consultado en enero de 2012).

Voltaire y el terremoto de Lisboa en 1755, los «modernos»⁵ renunciaron a este empeño...

JMP: Desde luego, quienes no renunciaron a Dios, o a la cuestión de Dios, no pueden soslayar esa realidad. Y lo que llamamos teología, es decir, una palabra inteligible sobre el ser humano, sobre el mundo y sobre Dios, no puede ignorar esta cara oscura de la existencia humana. Además deberíamos poner a prueba toda teología sometiéndola a la siguiente pregunta: ¿tiene en cuenta la miseria extrema, las vidas destrozadas, a los discapacitados mentales o a los niños que no tienen medio alguno para dar sentido a su sufrimiento? ¿Qué les dice esto a ellos?

⁵ Hemos de entender por «modernos» las generaciones que, desde el Renacimiento y el humanismo europeo, y sobre todo desde el siglo XVIII, se dedicaron a la construcción de un mundo cuyo centro era su idea del hombre y no ya la fe en Dios.

1

¿QUÉ DECIR DE LA DESGRACIA?

JDT: *Ayúdeme a entender mejor la diferencia que hay para usted entre la desgracia y el mal.*

TN: La desgracia, el infortunio, etimológicamente es la «mala fortuna», la «mala suerte», lo que ocurre sin que podamos anticiparlo, lo que se impone sin que podamos ni siquiera opinar, sin que entre en juego directamente nuestra responsabilidad. Realmente, hablar del infortunio es abordar la dura realidad del sufrimiento desde la perspectiva de lo que escapa a nuestro control, a nuestra voluntad propia; es hablar de lo que no dominamos, por más que nos esforcemos; de lo que no podemos prever, a pesar de todos nuestros sesudos cálculos, de los conocimientos técnicos y científicos. Pero lo cierto es que, cuando sufrimos y decimos: «Me duele» o «esto me duele», no diferenciamos mucho la desgracia del mal padecido imputable al ser humano...

JMP: Hablar del mal es algo que sabemos hacer; disertar sobre el sufrimiento, también. ¿Y la desgracia? Es terrible confesarlo, pero a la teología le horroriza la desgracia. No habla de ella, rehúye el tema o lo esquivo. Y, sin embargo, todos tenemos en nuestra memoria palabras y discursos que intentan dar explicaciones o justificar lo injustificable. Personalmente, cuando estaba siendo ordenado como diácono en 1968, recibí

como un mensaje decisivo estas palabras del cardenal Veuillot, arzobispo de París, que se estaba muriendo de cáncer: «Sabemos hacer hermosas frases para hablar del sufrimiento. Yo mismo le he dedicado palabras cálidas. Decídes a los sacerdotes que no digan nada de él: ignoramos lo que es, lloré por ello». ¿Por qué lloró? De dolor, sin duda. Por haber dicho palabras vanas o abstractas también, sin duda. No obstante, aun cuando las realidades que evocamos sobrepasen a la persona y la aplasten, ¿obliga esto a que calle el filósofo o el teólogo condenando a las víctimas al silencio?

Tengo la certeza de que los gestos, la presencia silenciosa, dicen mucho más que las palabras, pero también tengo la convicción de que las palabras dichas y oídas con humildad y desposeimiento nos humanizan.

TN: Recogiendo la distinción que realiza Paul Ricoeur, en su obra *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*⁶, queremos afrontar la realidad del mal padecido, de ese mal del que no somos objetivamente responsables, de ese mal que se nos viene encima sin que sepamos por qué, ¡y que, precisamente por ello, es mucho más temible que el mal cometido!

JDT: ¿Diría usted que la desgracia es imputable a la fatalidad?

JMP: En cierto sentido sí, en la medida en que nuestra responsabilidad no está en juego. Recordemos Haití en 2010, Japón en 2011... Las convulsiones de la tierra

⁶ P. RICOEUR, *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*. Madrid, Amorrotu, 2006.

y del cielo, los terremotos, los huracanes, los *tsunamis*, las inundaciones, los gigantescos incendios que, en unas pocas horas, a veces en cuestión de minutos, lo destruyen todo, se llevan por delante años de trabajo, devastan ciudades y países, traen muerte y destruyen todos los lazos de amor y amistad, esto es la desgracia. Las enfermedades, los accidentes, las minusvalías de todo tipo, genéticas o no, cerebrales o motrices, a veces ambas, las formas incurables de la demencia, eso es la desgracia. Todo lo que escapa al ingenio del ser humano, a su control de la naturaleza y lo hiere o aplasta, eso es la desgracia. La muerte de un niño o de un adolescente, el sufrimiento de los ancianos desvalidos, eso es la desgracia. Georges Hourdin, hablando de su hija –aquejada de síndrome de Down– hablaba de «la desgracia inocente», pero no hay desgracia culpable. Ante la desgracia, todos somos inocentes. A menudo escucho que la muerte es la figura suprema del mal o de la desgracia. No es verdad. Las condiciones de la vida antes de la muerte, de la vida ante la muerte, son las que a menudo tienen el rostro de la desgracia. La muerte, para muchos, es liberación... De modo que la desgracia tiene mil rostros, pero cada vez que nos alcanza es única y no se justifica. ¿A quién le echamos la culpa?

TN: Ante este interrogante, Dios mismo puede parecernos extrañamente silencioso, hasta el punto de que podemos concluir que es indiferente a nuestra desgracia, o incluso sospecharemos de su complicidad perversa con la desgracia que nos golpea... Una complicidad que también lo convierte en el responsable obvio de nuestras desgracias. Es la gran pregunta del libro de